

DISCURSO DEL DR. MARIANO LEBRON SAVIÑÓN AL
PONERSE A CIRCULAR EL TOMO I DE LA "HISTORIA
DE LA CULTURA DOMINICANA".



I la aparición de un buen libro debe celebrarse como el natalicio de un príncipe, según afirmación de Américo Lugo con respecto a los "Cuentos Frágiles" de Fabio Fiallo, la aparición de una copia de libros deberá constituir una epifanía.

Estamos frente a esta fiesta del espíritu que es la manifestación ostensible y luminosa de la actividad bibliográfica de nuestra Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

En esta semana aniversario de la Fundación de nuestra querida UNPHU (y debo acudir a las monótonas siglas de mal gusto) hemos contemplado la intensificación de esta actividad con cinco magníficos libros dados a la luz, si hacemos la excepción de mi "Historia de la Cultura Dominicana" que no intento parrear con ninguna de las obras publicadas o que se anuncian, pero que constituye un esfuerzo de mi incansable tarea literaria y un exponente del entrañable amor que sembró en la tierra fecunda de mi alma mi madre, para esta patria que me vio nacer. Por eso trato de exaltar, con vèhemencias canglorosas, no sus miserias, que son muchas, sino sus grandezas que también hacen horizontes en el dilatado mar donde se cingla el airoso velero de la Historia.

Hoy ponemos a circular el primero, de cinco tomos que lo forman y un profuso índice onomástico alfabético que se añadirá en un opúsculo, de mi obra.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento profundo al Dr. Juan Tomás Mejía Feliú, ex rector de la UNPHU por la

benevolencia con que acogió mi libro y las palabras hermosas que nos ha regalado hoy, y, muy especialmente al poeta José Angel Buesa, jilguero que ofrenda cada día el chorro de plateadas notas de su laringe, en versos de amor, porque sin su empeño, posiblemente, no estuviéramos poniendo este tomo en circulación hoy.

No lastiman mi modestia, pero sí ponen temblores de ternura en mi corazón, las palabras con que Juan Tomás ha exaltado mi obra y mi persona, porque se las ha dictado al afecto de una amistad que nació entre los pupitres de la escuela, en una lejana puericia amable, cuando ambos rendíamos tributo de respeto y admiración a una gran mujer: su tía y mi profesora Abigail Mejía, que era, en aquel tiempo, la primera escritora de mi país. Desde entonces, el débil tallo de esa amistad, como caña de un bambudal, se transformó en recio tronco que ni las hachas alevés han podido destruir.

Hoy, en esta fiesta de la alta jerarquía del espíritu, se pone en circulación otra obra de esas que enaltecen nuestra Universidad, ponderada en su magnitud por Próspero Mella Chavier, con palabras mesuradas y claras; me refiero al primer tomo, de cuatro que comprenderá, del "Epistolario Intimo" de esos dos colosos del humanismo hispanoamericano que son Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Entre ambos floreció una amistad fecunda y buena donde el gran humanista de México muestra cómo prendió en su pecho la admiración por Pedro y una casi total dependencia de su genio desde las tertulias de México, que Max Henríquez Ureña recuerda con nostálgica ternura, en las que Pedro era considerado el Sócrates y Alfonso el Benjamín.

Alfonso Reyes dice de Pedro Henríquez Ureña que era un hombre recto, bueno y "casi cabal", y agrega: "Yo bien quisiera ser capaz de comunicar a todos la veneración de su memoria". A través de la admiración de los que trataron a nuestro humanista vamos conociendo, y a través de la devoción que concitó en los que fueron sus discípulos, lo paradigmático de este gran dominicano.

Dice Swami Vivekananda, con su voz profunda y grave de méli-do violoncelo: “El hombre más notable no es sino un espejo más claro del sol que se recrea en cada gota de rocío”.

Vale decir, que de la misma manera que el aljófár mañanero, tembloroso en el pétalo radiante es un espejo de la luz, el alma de un gran hombre es refacción de la infinitud del orbe con sus ardientes constelaciones. Hoy almas praderales y la de Pedro Henríquez Ureña es una de ellas.

Si la obra de Henríquez es admirable encontró eco en otro hombre, igualmente admirable, Juan Jacobo de Lara, quien con ímprobos sacrificios, dedicando largos lapsos de su vida a este menester, le ha legado a la República Dominicana, a través de diez tomos, la inconmensurable labor cultural de Pedro Henríquez Ureña y las dimensiones de su personalidad. Con este primer tomo y los tres que faltan del “Epistolario Intimo”, termina su labor.

De Lara puede ufanarse y exclamar con el alcor florido de su vida buena y fecunda: “Después de esto, morir”. No como el zángano del inquieto abejar que, embriagado de azul en el espacio, muere en un espasmo de amor, sino como el agave silencioso que muere al florecer o el jazmín de la tarde que se marchita en cada aurora luego de dar la ofrenda de su aroma sin par. Pero no morir; todavía esperamos mucho de él.

Agradezco profundamente a nuestro Rector, Dr. Jaime A. Viñas Román, el que dispusiera que mi libro, modesto esfuerzo de solariego empeño, sea puesto a circular con tan egregia compañía. Si algún mérito me acompaña es sólo este amor por mi patria y la arraigada fe en su destino. Y, al par con estos sentimientos, la identificación de mi vida y el lapso de vida que aún me queda, con esta UNPHU que muchas veces he llegado a creer, en el tráfigo esfuminado de mis sueños, que nació de mi propio corazón.

Yo alabo la cultura dominicana; ay! tan menospreciada y trucidada por los dardos innobles del escepticismo. Santo Domingo, estremecido más de una vez por insólitos pesares, zarandeado repetidas veces en la misma médula de su orgullo, ha sido soslayado, fuerza es decirlo, por nuestra culpa e ignorados

sus mejores hombres en el campo de la literatura y las artes.

Nuestra pobre cultura se resintió en el lapso de tres décadas, porque vivimos la triste experiencia de una clase intelectual provinciana. A fuer de no tirar los ojos más allá de los límites imprecisos de nuestro ámbito terrenal, por el seudoterror a contaminaciones doctrinarias, que la fobia hizo monstruosas, nuestra cultura libresca se estragaba. Era casi pecado universalizarse —aunque algunos lo hicieron a hurtadillas— e hicimos de nuestro republicanismo literario una tonta parlería aldehuesa que se nos antojaba excepcional. “Esto es lo grande” se nos decía, poniéndonos ante los ojos el ilusorio brillo de una estrella, mientras arriba, en la célica inmensidad, brillaba el sol.

No es un parvo decir. Demasiado recientes son estos hechos para que hoy los olvidemos. ¡Cuántas veces se humilló la frente en la grotesca reverencia a una ignara majestad!

Pero el alma es eterna y el pensamiento intangible, y lo mismo que el tremedal, con su abisal silencio artero, deja crecer sin peligro la perfumada seda del lirio inmaculado, desde el abismo del tremedal de la vida, bajo el fulgor inmenso de un sol de excelsitudes, floreció una cultura en una increíble Edad de Oro que dejó medrar movimientos como La Poesía Sorprendida y la generación del 48 y las más ricas constelaciones de pintores y escultores, así como cultores del mélico quehacer que haya conocido nuestra Historia.

Esto sucedió; y emprendimos un rumbo incontenido que deberá medrar bajo la rectoría de la Universidad a través de sus departamentos de humanidades. Es el heroísmo de una labor anónima como un apostolado. Pero nada de silencio. No existe el silencio absoluto en el tráfigo mortal. En el silencio de la meditación se llena nuestro ámbito con los pequeños ruidos que forman el atuendo nocturno y virginal: el ululante gemido de la fuente; el monótono grillar de la floresta y, de vez en vez, el imperceptible arrastre de los dorados alhumajos por los saurios. Ruidos que no perturban en meditar aunque ponen de pie los traviesos hijuelos del instinto.

De igual manera brotan de la profunda espelunca de la conciencia, no tan silente, el eco de las voces que nos perturbaron en la nocturnidad de nuestra etapa abismal que creíamos inacabable.

Tenemos una tarea que cumplir. La intelectualidad parece estar en crisis. Pero las crisis de la cultura son etapas sólitas en el discurrir de la historia, pues la cultura no muere. Porque cuando se ve hostigada y ensordecida por las roncas trompas cinegéticas, volpeja medrosa acurrucada en lo más prieto del bosque, va a refugiarse en un rescoldo íntimo, como en la quieta sombra medieval el monje cluny, depositario del acervo cultural que se creía perdido, se quejaba de que en la dilatada noche del medioevo no se escuchaba otro ruido que el churriar de su pluma en el papel.

No fue sólo esa etapa histórica la que echó agua fangal sobre la limpidez de la cultura. Recuérdense en el Hélade dorada, era que se dice maravillosa e impar, los casos de Sócrates y Anaxágoras. La tragedia de la cicuta no fue tan elocuente en este sentido como la burla espinosa y cruel de Aristófanes, amarga como el rejalgar.

Yo creo que el hombre culto tiene una misión que cumplir. Esa misión debe tener un carácter humanístico de orientación. Pero humilde, sin enfatuamientos.

Sabemos que por eso de engrosar las minorías egregias llevamos nuestro humanismo a artificializar la vida.

Yo ví, sin embargo, un día a una niña llorar, porque al romper su muñeca de porcelana no vio salir la dulce mariposa de su alma, ya que había oído decir que el alma era una cosa alada y la mariposa una criatura de Dios con alas de colores. Ví un día a una mujer ignara frente al clamor de una desatada tempestad, lanzar, arrecida de angustia, una soledosa oración al cielo, porque escuchaba en la balumba de los rugidos la colérica voz de Dios. Y ví a un carbonero, debajo del incendio del crepúsculo, detenerse y temblar, presa de una rara sensación, porque sentía gravitar sobre su vida el avasallante influjo del misterio.

Todas estas experiencias son alentadoras porque nos hablan de la eternidad del hombre y la belleza.

Estamos en el mar, sereno todavía, ávidos de iniciar lo que Platón llamó "la segunda navegación", esa que emprendió Ortega y Gasset, el filósofo hispano, rumbo al promontorio donde brilla el faro de la inmortalidad.

Llegaremos...

Yo he vivido en continuo fatigarme braceando hacia mi puerto por la estrecha ensenada; primero, con la poesía elegante y señorial de mi padre bañé la frente de mi primera infancia. Su actitud fue siempre solemnemente lucubranter en el hogar —señoreado por mi madre— donde atemperaba su noble corazón. Después fueron pasando por mi vida las ráfagas de su romanticismo poético, y vi algo de la dignidad, del sobrio boato, de abstracción magnífica en el hogar de Américo Lugo, el viejo ternísimo que hizo de su corazón una cima ventisqueral de orgullo. Allí conocí a Flérida de Nolasco, espíritu equilibrado de noble estirpe.

Luego vino la experiencia efímera, pero fecunda, de Los Triálogos, con Domingo Moreno Jimenes y Alberto Baeza Flores, en noches embriagadoras al borde los abismos infinitos y La Poesía Sorprendida, búsqueda del Hombre Universal y deseo imposible de perfección en la poesía con Dios.

Pero algo más me vino por los carriles de mis menesteres librescos. Algo de este inquieto soñar, de este inconforme vivir, de este tanto esperar con brazos tendidos hacia la eternidad.

Esperamos que este pedazo de tiempo, este mísero tiempo de la vida sea algo más que una mansedumbre de heroicidades calladas. Y sintiendo que no quiero estar aprisionado entre las sombras del "no ser" y las tinieblas del "dejar de ser".

Que no me digan que al transponer el cabo de la tormenta de la vida no hay mares bonancibles; que he de precipitarme desde la última Thule de mis suspiros al Tártaro desde el cual ya no sé nada. Sí. Si hay algo que me angustia es esta sed de sequedad de alma para la que no hay agua: ¡mi sed de eternidad!